



VI

Los dones místicos signo del amor encarnado de Cristo

Del Evangelio según Juan (12, 1-9)

Seis días antes de la Pascua, Jesús volvió a Betania, donde estaba Lázaro, al que había resucitado. Allí le prepararon una cena: Marta servía y Lázaro era uno de los comensales. María, tomando una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, ungió con él los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. La casa se impregnó con la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dijo: «¿Por qué no se vendió este perfume en trescientos denarios para dárselos a los pobres?». Dijo esto, no porque se interesaba por los pobres, sino porque era ladrón y, como estaba encargado de la bolsa común, robaba lo que se ponía en ella. Jesús le respondió: «Déjala. Ella tenía reservado este perfume para el día de mi sepultura. A los pobres los tienen siempre con ustedes, pero a mí no me tendrán siempre». Entre tanto, una gran multitud de judíos se enteró de que Jesús estaba allí, y fueron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado. Entonces los sumos sacerdotes resolvieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos se apartaban de ellos y creían en Jesús a causa de él.

El episodio narrado debe leerse a la luz de lo relatado en el capítulo anterior (Jn 11), en el que Jesús resucita a Lázaro. El evangelista había narrado el dolor de Jesús por la desaparición de su amigo y la gran confianza que tenía con sus hermanas. La cena que se cita es la celebración por la vida redescubierta, y está marcada por un gesto, el de la unción con un aceite que llena de perfume toda la casa. El cuidado con que se describe este episodio ofrece muchos elementos para la reflexión: en primer lugar el de la cena, como el lugar donde Jesús manifiesta preferentemente su divinidad.

Para hablar de los prodigios y signos místicos vinculados a la figura del Padre Pío, no se eligió ningún milagro de Jesús, se prefirió representar una cena, para dar un valor particular al milagro: es un signo, una realidad extraordinaria que se da en la vida ordinaria para indicar la presencia eficaz y salvífica de Dios en la vida del hombre.

El milagro no es la solución de los problemas, de hecho Jesús, precisamente en ese ambiente festivo, no se limita a agradecer a María por el gesto realizado, sino que *la deja hacer*, porque ese óleo es signo de su muerte: «que lo haga, que lo guarde para el día de mi sepultura». Podríamos decir que la amistad de Jesús se expresa en el don total de sí mismo, esta será la premisa a su pasión que San Juan hará antes de la última cena: “Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo”. El milagro no es más que un signo del amor infinito de Dios por la humanidad.

El milagro es signo de una victoria sobre el mal, no sólo físico, sino sobre todo moral y espiritual. Es sintomático que el evangelista presente dos reuniones del Sanedrín con motivo de la resurrección de Lázaro, la primera en la que -tras el milagro- se decide matar a Jesús; la segunda después de esta cena, porque la gente fue a ver a Lázaro y por eso se decidió matarlo también.

Un método mafioso diríamos hoy; ese método que nos desanima, que nos hace pensar que el mal siempre gana, que estamos derrotados desde el principio. Pero los signos de Jesús van



en una dirección completamente diferente: quieren decirnos que Él ha vencido la muerte, no sólo la física, sino también la del pecado y la maldad del hombre.

De una carta de Padre Pío a padre Benedetto (Ep. I, p 1092)

¿Qué puedo decirle de lo que me pregunta sobre cómo fue mi crucifixión? ¡Dios mío, qué confusión y qué humillación siento al tener que manifestar lo que has hecho en esta pequeña criatura tuya! Era la mañana del 20 del pasado mes de septiembre, estando en el coro después de la celebración de la santa misa, cuando me sentí invadido por un reposo semejante a un dulce sueño. Todos los sentidos, internos y externos, y las mismas facultades del alma, se encontraron en una quietud indescriptible. En todo esto reinaba un total silencio en torno a mí y dentro de mí; estando así, de pronto se hizo presente una gran paz y abandono a la completa privación de todo, aceptando la propia destrucción. Todo esto fue instantáneo, como un relámpago.

Y mientras acaecía todo esto, me vi delante de un misterioso personaje, semejante a aquél visto la tarde del 5 de agosto, con la sola diferencia de que en éste las manos y los pies y el costado manaban sangre.

Su vista me aterrorizó; lo que yo sentía en mí en aquel instante, me resulta imposible decírselo. Me sentía morir, y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido para sostener el corazón, que yo sentía que se me escapaba del pecho.

Se retira la vista del personaje y yo me vi con que manos, pies y costado estaban atravesados y manaban sangre. Imagine el desgarró que experimenté entonces y que voy experimentando continuamente casi todos los días.

Tu cuerpo como un altar

El Señor Jesús manifiesta su grandeza asumiendo un cuerpo y haciéndose semejante a nosotros. El milagro de los milagros es ese intercambio misterioso por el cual Dios se vuelve como nosotros y somos transformados en hijos de Dios.

El cuerpo es el lugar del milagro, a veces de manera extraordinaria, generalmente de manera ordinaria: Dios se manifiesta en nuestro cuerpo, en nuestras acciones, en las cruces y alegrías que traemos.

Lo que nos interesa subrayar, cuando hablamos de los estigmas del Padre Pío, es que su cuerpo, que en realidad él mismo miraba con cierta incomodidad por las múltiples enfermedades, no sólo era lugar de dolor y humillación, sino que era convirtiéndose en el lugar de una manifestación particular y especial de Dios.

En 1911 el Padre Benedetto acompaña al discípulo a Nápoles para un examen médico, en el camino de regreso lo deja en Venafro donde, con sus compañeros de estudios, realizará el curso de iniciación a la predicación.

No pasan pocas semanas que el Padre Pío cae enfermo y aquí, por primera vez, los frailes se dan cuenta de las vejaciones diabólicas que experimenta casi todas las noches y los éxtasis que experimenta después de recibir la Eucaristía. Sobre todo por este segundo fenómeno, el Padre Pío se queja al Señor de que los demás se dan cuenta de lo que está pasando: su cuerpo se está convirtiendo en el lugar donde se manifiesta el misterio y esto le incomoda muchísimo.

En cierto momento, en un éxtasis (todas las palabras del Padre Pío han sido transcritas), se vuelve hacia Jesús y le pregunta: "¿Qué significa: Me glorificaré en ti?". Parece que Dios tiene quién sabe qué planes para él, y que su cuerpo torturado debe convertirse en el lugar privilegiado de esta manifestación. En cambio, todo esto se detiene repentinamente, los



superiores, al verlo empeorar, deciden su regreso a Pietrelcina; increíblemente, el día después el Padre Pío se ha curado e incluso canta en misa de la solemnidad de la Inmaculada Concepción. Una vez más su cuerpo parece querer revelar algo misterioso, pero una vez más no da respuestas ciertas, incluso entre sus hermanos habrá quienes vean con recelo esta repentina recuperación.

En su correspondencia de los años siguientes, se hace cada vez más presente la figura de Job, que se convierte en la clave para comprender su sufrimiento: sólo con una fe profunda se puede acercar al misterio de Dios; ese cuerpo herido es aislamiento de los hombres pero no de Dios, que manifestará su gloria precisamente a través de la fe de Job, no a través del sufrimiento: "Felices los afligidos, porque serán consolados." (Mt 5, 4).

Los estigmas del Padre Pío

El 20 de septiembre de 1918, el Señor lleva a término su proyecto y ha llegado el momento de que se haga realidad aquello para lo que el Señor lo había preparado en los últimos ocho años: los estigmas se hacen visibles. Hay guerra, los frailes están casi todos en el frente, unos como soldados, otros como capellanes; los horrores de la guerra son terribles, el Papa pidió orar por el fin de tanto sufrimiento, el Padre Pío se ofreció como víctima para ese fin.

Por la mañana está solo en el convento junto con los muchachos del pequeño seminario seráfico; Iba al coro en acción de gracias por la santa misa: mucho de lo que sucede quedará envuelto en silencio. Habla de un personaje misterioso que ya le había herido en el costado el 5 de agosto, una herida externa, de la que brotó abundante sangre durante unos días; según la enseñanza de san Juan de la Cruz, lo que acontecía en el interior se manifestaba en el exterior: el amor de Dios poseía por completo su espíritu, lo arrastraba hacia sí mismo. Ahora nuevamente este personaje lo traspasa: otra herida en su costado y luego las marcas en sus manos y pies.

El Padre Pío se arrastra a su habitación, trata de esconder los estigmas con la esperanza de que el Señor se los quite, «no el dolor porque lo veo imposible y siento que me quiero emborrachar de dolor, pero estos signos externos que son de confusión y humillación indescriptible e insoportable". Ya en la tarde y luego al día siguiente, alguna hija espiritual se da cuenta de la cosa; pide oración para que desaparezcan las señales, una de ellas, Vittorina Ventrella, le dice en qué se convertirá su conciencia con el tiempo: esas señales no son para él, sino para los demás.

Día tras día, el Padre Pío comprenderá el vínculo profundo entre los signos de la pasión de Cristo y su misión de confesor: al hombre atravesado por el egoísmo y concentrado exclusivamente en sí mismo, Dios opone un signo concreto y visible de aquella crucifixión que Jesús había aceptado por amor. Se multiplicaron las conversiones y las obras de caridad, se extendió el rumor de los primeros milagros, se desató la ira del demonio, comenzaron los malentendidos y calumnias que marcarían profundamente el alma del Padre Pío.

A estas alturas, sin embargo, ya había hecho su elección, confirmando lo que había sido la intención de muchos años antes, como se describe en la carta a Nina Campanile: «Quería morir, antes que fallar a tu llamada. Pero tú, Señor, que hiciste experimentar a este hijo tuyo todos los efectos de un verdadero abandono, al fin te levantaste, me extendiste tu mano poderosa y me condujiste a donde antes me habías llamado. Infinitas alabanzas y gracias



sean dadas a ti, oh Dios mío, aquí me escondiste de los ojos de todos, pero desde el momento en que tuviste una misión muy grande encomendada a tu hijo: una misión que es conocida por ti y sólo por mí. [...] Internamente oigo una voz que me dice asiduamente: Santificate y santifica» (Ep. III).

El camino está trazado, pero el Padre Pío no puede ni quiere subir solo a la cruz; pocos días después de ser estigmatizado, escribe precisamente a aquella Vittorina Ventrella que le había instado a reconocer los estigmas como un don para los demás: «Oh, cuánta necesidad siento, mi queridísima hija, de pasar un rato con las Marías que saben cómo compadecer al Señor moribundo!» (Ep. III).

Y a Erminia Gargani le encomienda una misión, que con los años se convertirá en la de sus hijos espirituales: «Debemos continuar y vivir, y por mucho tiempo más, para poder sorber del cáliz de Getsemaní completamente hasta el último residuo y depositar el último aliento de vida en el Calvario en medio del abandono de todos y de todo. Mis sufrimientos interiores crecen y crecen más y más, sin parar. Pero os ruego que no os aflijáis mucho por esto, sabiendo que esta es la voluntad del Señor y que así quiere ser amado por su criatura. Nada quiero de ti, sino que como las nuevas Marías asistas ante el crucifijo con tus oraciones continuas y ofrezcas las penas de él a la justicia de Dios, para que sea un día propicio para mí» (Ep. III).

Como las Marías bajo la Cruz

Es comprensible que hoy sea difícil aceptar y compartir el poder de estas palabras. En efecto, el Papa Francisco señala: «El mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, encubrir las, esconderlas. Se gasta mucha energía en escapar de situaciones en las que el sufrimiento está presente, creyendo que es posible ocultar la realidad, donde la cruz nunca, nunca puede faltar».

Precisamente aquí, sin embargo, está en juego la misión misma y la credibilidad de los hijos espirituales del Padre Pío.

El encargo que reciben los hijos espirituales y los Grupos de Oración del Padre Pío no es de agudizar la distancia entre la vida del creyente y la del no creyente, sino de ayudar a comprender la verdad de la cruz: es un acontecimiento que atraviesa la vida de todos -como dice el Papa- y no puede ser ignorada, pero tiene su fecha límite. El Padre, con su relato y con su enseñanza asegura: «Recuerda y graba bien en tu mente que el Calvario es el monte de los santos; pero acordaos de nuevo que después de haber subido al Calvario, plantado la cruz y exhalado sobre ella, inmediatamente se subirá a otro monte que se llama Tabor, la Jerusalén celestial».

El Viernes Santo la liturgia prevé el rito de la adoración de la cruz: el espíritu de esa celebración es sin duda fomentar la meditación sobre los sufrimientos de Cristo y la *compasión*; lo que se venera y se adora ya no es la cruz como lugar de tortura: hablamos de una cruz gloriosa, es decir, del instrumento por el cual el mundo fue redimido. El Papa nos invita a mirar el dolor del otro, a estar presentes en los momentos de sufrimiento, pero es necesario que esta presencia no sea sólo *compasión*, sino que ayude a ir más allá, a mirar el dolor como participación en el sufrimiento de Cristo, como purificación y, sobre todo, al Calvario como penúltima etapa de la existencia, porque después de ese monte siempre está el Tabor.

Los estigmas invisibles



El fenómeno llamado "estigmas invisibles" todavía está parcialmente envuelto en misterio; algunos datos remiten directamente al Padre Pío, quien cuando –en 1968– le recordó que tenía los estigmas desde hacía cincuenta años, él mismo precisó: «¡Cincuenta y ocho!». Además de la carta que hemos mencionado, dirigida al Padre Benedetto (Ep. I), tenemos otras referencias en el Epistolario. Sin embargo, las modalidades de estos estigmas, que presumiblemente han sido visibles al menos una vez y que eran conocidas por muy pocas personas, siguen siendo un misterio; por ejemplo, no sabemos con certeza la fecha en que se manifestaron por primera vez, ni si el Padre Pío padecía dolores constantes o solo en determinados días o momentos de su día.

En la escuela del Padre Pío

No menos dolorosas, y humanamente tal vez más ardientes, fueron las pruebas que tuvo que soportar como consecuencia, se podría decir, de sus singulares carismas. En la historia de la santidad sucede a veces que los elegidos, por un permiso especial de Dios, son objeto de incompreensión. Cuando esto ocurre, la obediencia se convierte para él en crisol de purificación, camino de progresiva asimilación a Cristo, revitalización de la auténtica santidad. A este respecto, el nuevo beato escribe a uno de sus superiores: “Trabajo sólo para obedecerle, habiéndome dado a conocer al buen Señor como lo único más aceptable para él y para mí, el único medio de esperar la salud y cantar victoria” (Ep. I).

Cuando la "tormenta" cayó sobre él, hizo regla de su existencia la exhortación de la Primera Carta de san Pedro, que acabamos de escuchar: aferraos a Cristo, piedra viva (cf. 1 Pt 2, 4). De este modo, también él se convirtió en "piedra viva" para la construcción de un edificio espiritual que es la Iglesia. Y por esto hoy damos gracias al Señor.

“Vosotros también sois piedras vivas para la construcción de un edificio espiritual” (1 Pt 2, 5). ¡Qué pertinentes parecen estas palabras aplicadas a la extraordinaria experiencia eclesial que se desarrolló en torno al nuevo Beato! Muchos, encontrándolo directa o indirectamente, han redescubierto su fe; en su escuela, los "grupos de oración" se han multiplicado en todos los rincones del mundo. A los que acudían a él les proponía la santidad, repitiéndoles: "Parece que Jesús no tiene otro remedio para sus manos que santificar vuestra alma" (Ep. II). (JUAN PABLO II, *Homilía de beatificación del Padre Pío de Pietrelcina*, 2 de mayo de 1999).